

**Presentación del libro
de Pedro Regalado Díez Olmedo**

**“Mi vida junto a Gaspar García Laviana
cura y comandante sandinista”**

Intervención de José Ramón Pérez Ornia

Librería San Pablo

Oviedo, 6 de febrero de 2020

El origen de este libro son cuatro cuadernos manuscritos que Pedro Regalado Díez Olmedo escribe para dejárselos como recuerdo familiar a sus hijos y nietos. Comienza a escribirlos en 2013. Me cuenta su proyecto y me envía el primer cuaderno en 2017 nada más acabarlo. Me pareció que sus memorias podrían tener interés en Asturias para conocer mejor a Gaspar y me ofrecí a ayudarle en la corrección y edición final. Se lo conté a Pipo y éste a sus compañeros del Foro de Cristianos Gaspar García Laviana. El 30 de marzo de 2019, los tres, en casa de Alfredo Cueto, coetáneo de Gaspar y vecino de Tuilla, máximo guardián en Asturias de su memoria, acordamos publicarlas.

Pedro leyó sus cuadernos ante el ordenador para convertir la palabra hablada en escrita, la voz en texto escrito. Pipo corrigió pacientemente durante mes y medio las numerosas erratas ortotipográficas que suele introducir el software en la puntuación, uso de mayúsculas, particiones de sílabas, frases y párrafos, etcétera, e inició una primera revisión del texto. Después de mes y medio de trabajo, en marzo, me pasó los trastos a mí. Me dediqué a ello durante algo más de cinco meses, entre marzo y agosto de 2019.

El estilo literario de los cuadernos es el propio de un relato oral en el que describe con mucha viveza y colorido pasajes de su vida, las personas que conoció y con las que vivió, al tiempo que intercala conversaciones con ellas o intervenciones en actos litúrgicos, homilías, cursos, conferencias, etcétera. Opté, de acuerdo con Pedro y con Pipo, por reestructurar cronológicamente, en la medida de lo posible, el relato del autor y diferenciar las descripciones o en su caso comentarios de las palabras o intervenciones que se atribuyen a otras personas, mediante el formato propio de los diálogos, anteponiendo un guion a la frase o párrafo de una persona.

En numerosas conversaciones telefónicas e intercambios de correos electrónicos con Pedro fuimos poniendo fechas a los acontecimientos y verificando, una por una, que todas las frases y párrafos que se atribuyen a una persona fueran correctas. Me interesé al mismo tiempo por la calidad y unificación ortográfica del texto aunque a veces a algún lector le pueda resultar difícil entender por qué la palabra evangelio, por ejemplo, a veces se escribe con mayúscula y en otras ocasiones con minúscula. Optamos los tres, Pedro, Pipo y yo, por publicar un centenar de fotografías, aportadas por Pedro, que nos parecieron muy significativas para complementar el texto y para visualizarlo aunque no siempre tuvieran la resolución que exigen las imprentas. En los pies de foto de esas imágenes también hemos sido muy exigentes pues en las biografías sobre Gaspar hay numerosos errores en la identificación de las fotografías. En este libro hemos procurado datarlas con la máxima precisión posible, con fecha, lugar y autor, además de identificar a las principales personas que aparecen en las imágenes, con la ayuda de Floribeth Bonilla, la esposa de Pedro. Por cierto, debe de ser la primera vez que se publican fotografías realizadas por Gaspar, quien era muy aficionado a la fotografía. Utilizaba la cámara de Pedro.

Entre estas fotografías, hay una que cierra el epígrafe 13 que Pedro dedica a sus compañeros de Guatemala en la que aparecen los tres misioneros martirizados en el Quiché, uno de ellos es el asturiano Juan Alonso, y a los que el Papa acaba de proclamar mártires. La foto del cuadro y el pie de foto son del padre Paco Blanco. Pedro menciona en diferentes pasajes a sus compañeros Misioneros del Sagrado Corazón (MSC), con quienes él y Gaspar se reunían todos los años en Guatemala.

Otro criterio u objetivo importante fue respetar el estilo literario de Pedro, su forma de expresarse, sin pretender reescribir el texto original, ni retocarlo o añadir florituras literarias. Pedro escribe como habla y solo respetando ese estilo personal se garantiza la credibilidad de lo que cuenta. Credibilidad que tiene en alto grado, porque como dice el padre Paco Blanco en el epílogo, a veces parece que está levantando acta de las reuniones, cursos, homilías, etcétera. Acta casi taquigráfica de lo que vio, oyó y vivió. El reto supone para Pedro un esfuerzo intelectual importante. Termina de escribir sus memorias en 2018, cuando tiene 80 años. Lo culmina con éxito gracias a su prodigiosa memoria y a la documentación escrita que conserva.

Respecto al título, después de barajar diferentes opciones, se optó por esas once palabras que tratan de ofrecer una información lo más precisa y completa posible de su contenido. Gráficamente se destaca el nombre de Gaspar García Laviana. Así lo ha querido también el autor. De hecho, Gaspar está presente en todo el libro, excepto en las primeras 58 páginas que narran la infancia de Pedro en Villavieja del Cerro (Tordesillas, Valladolid), donde nace en 1938, en plena guerra civil. La personalidad de Gaspar sobresale en primer término porque el autor de estas memorias ha querido, generosamente, ponerse en segundo plano, de modo que bien puede decirse que el protagonista de las memorias de Pedro es Gaspar.

El título se ajusta con precisión al contenido del libro, ya que las memorias no se extienden a los 40 años posteriores a la muerte de Gaspar y al retorno de Pedro a España, se acaban en los últimos momentos que pasaron juntos, en esas tres reuniones en las que Gaspar, ya en la guerra, le visitó cuando Pedro y Flory estaban exiliados en San José (Costa Rica). Sorprende y emociona que esta amistad de Pedro haya sobrevivido a los 40 años que pasaron después de la muerte de Gaspar con la misma admiración, afecto y lealtad que tuvo entonces con su compañero.

Las memorias se acaban cuando muere Gaspar. Pedro y Gaspar vivieron juntos entre septiembre de 1955 y octubre de 1977. Veinte años de convivencia si se exceptúan los dos años del primer destino que tuvieron (Gaspar en Madrid como cura obrero y Pedro en el noviciado de Canet de Mar, en Barcelona y en la Pequeña Obra de Valladolid) y los seis meses –entre octubre de 1977 y abril de 1978- en que forzosamente están separados porque Gaspar lucha en el Frente y Pedro se exilia en Costa Rica, aunque se ven en tres ocasiones en San José.

Las más de 300 páginas que se dedican a su trabajo como misioneros en Nicaragua se dividen en dos partes de cuatro años cada una, antes y después de permutarse las parroquias debido a las presiones de uno de los caciques de Tola para alejar a Pedro. Gaspar se traslada de San Juan del Sur a Tola y Pedro deja Tola para hacerse cargo de San Juan del Sur. El incidente que motiva este cambio ocurre el 11 de diciembre de 1974 con motivo de la festividad de la Virgen de Guadalupe, patrona de Tola. Pedro lo narra en el epígrafe 70.

Comenta Pedro que los dos reconocen más tarde que aquella decisión fue un error y añade: “De seguir juntos, quizá hoy los dos seguiríamos siendo miembros activos de los MSC” (pág. 341).

El caso es que nadie mejor que Pedro puede contar hoy día cómo fueron sus vidas en Nicaragua.

Cuando llegan a Nicaragua Gaspar acaba de cumplir 28 años y Pedro 32. Son dos jóvenes sacerdotes, ilusionados con trabajar en la misión que les encomiendan, empujados por los vientos favorables de la renovación que ha emprendido la Iglesia del Concilio Vaticano II, dispuestos a transmitir la buena nueva del mensaje de esperanza y de salvación, después de haber pasado su infancia, adolescencia y juventud en los diferentes centros de formación de los Misioneros del Sagrado Corazón. La misión en las dos parroquias de Nicaragua significa, por una parte, alcanzar la meta después de tantos años de formación y, por otra, iniciar la etapa en la que pueden realizar su vocación de misioneros.

En la imagen que tenemos de Gaspar prevalece ese halo romántico del sacerdote que muere como un héroe combatiendo en el Frente Sandinista por la liberación de su pueblo. Apenas sabíamos nada de su trabajo como sacerdote y misionero. Las memorias de Pedro tratan precisamente de eso.

Hasta ahora solo habíamos escuchado la voz de Gaspar en sus poemarios, en las escasas grabaciones radiofónicas y magnetofónicas que se conservan y en las pocas cartas suyas que se han hecho públicas.

En este libro leemos, por primera vez, las palabras dichas por Gaspar, enunciadas en primera persona, en las numerosas conversaciones, charlas y conferencias, extractos de homilías y múltiples intervenciones suyas en actos litúrgicos, cursos y reuniones de trabajo, de las que da cuenta el autor de estas memorias.

Gracias a Pedro conocemos las ideas y pensamientos de Gaspar, su forma de expresarlas y de comunicarlas, sus sentimientos e inquietudes, sus preocupaciones y prioridades, no solo en cuestiones de estricta pastoral religiosa sino también en asuntos relacionados con la situación social y política que le tocó vivir y sufrir en Nicaragua y por cuya transformación en una sociedad libre y justa luchó hasta su muerte. Las acciones, ideas y palabras de Gaspar ocupan muchas páginas de este libro en las que también puede verificarse su coherencia entre pensamiento, palabra y obras, entre su fe y su acción social.

Antes de leer estas páginas uno podría tener la idea de que Gaspar era un díscolo, una persona conflictiva, enfrentada con la Iglesia, un –por así decir– contestatario, sea cual sea el alcance que queramos dar a esta palabra.

Gaspar, por el contrario, es una persona pacífica, bondadosa, amante de la naturaleza, incapaz de matar un animal doméstico para comérselo, como nos lo describe Pedro. Imaginativo y creativo, añade el padre Paco Blanco en el epílogo. Piensa incluso que la guerra no sería cruenta y que Somoza se rendiría. Cuida las relaciones con la jerarquía eclesiástica y con sus compañeros sacerdotes y aunque discrepa abiertamente de su obispo en distintas ocasiones nunca tensa esas diferencias precisamente para no romper los vínculos con su diócesis, la de Granada. Nunca tuvo problemas con su congregación religiosa. Al contrario, siempre fue muy apreciado, como testimonia en el epílogo del libro el padre Paco Blanco. A mantener este equilibrio de las complejas relaciones con la jerarquía conservadora les ayudan a Pedro y a Gaspar la rápida propagación del movimiento de la teología de la liberación en aquellos años posconciliares y el hecho de que hay otros sacerdotes y religiosos que comparten sus ideas, como son los miembros de Pastoral Rural Parroquial y de Pastoral Rural Nacional –uno de ellos, el padre dominico José Álvarez Lobo, nos honra con su presencia hoy en este acto– además del apoyo y respaldo que tuvieron siempre en la congregación de los MSC.

Pedro y Gaspar se ponen al servicio incondicional de sus feligreses. Lo dan todo, el dinero, la comida, la ropa. No les llegan a final de mes las 600 córdobas que les asigna el consejo parroquial, el salario equivalente al de un maestro, porque lo reparten con los más necesitados. En más de una ocasión ceden sus camas para que descansen los huéspedes o quienes les visitan, como en aquella ocasión en que acogen a las jóvenes prostitutas que escapan del prostíbulo de Tola.

Deciden vivir como los campesinos. En ellos ven a Jesús. En semanas alternas viajan de lunes a jueves por la tarde o viernes por la mañana a las comunidades rurales,

comen y duermen en sus humildes casas. Gaspar lleva siempre consigo en sus desplazamientos un ejemplar de la Biblia y una carpeta en la que guarda los Documentos de Medellín, algunos textos del Vaticano II, unos apuntes del libro *Teología de la liberación. Perspectivas*, que Gustavo Gutiérrez publicó en 1971 y algunos textos del fundador de su congregación.

Gaspar es vehemente e impulsivo en la defensa de sus principios y puesta en práctica de sus actividades pastorales. Pedro es su contrapeso de templanza. Se necesitan el uno al otro. Como escribe Pedro, Gaspar le aporta seguridad y él le da a Gaspar serenidad. Se consideran hermanos. Celebran el mismo día sus cumpleaños. A Pedro le gusta decir que fueron dos cuerpos y una sola alma.

Todas las mañanas, al amanecer se sientan en el primer banco de la iglesia de San Juan del Sur, a rezar, meditar y planificar el día a día. Abren la Biblia, generalmente por los Evangelios, como quien abre un paraguas bajo el que ampararse y buscan en sus páginas una guía para el trabajo que les espera ese día. Preparan juntos las homilías y las lecciones de los cursos.

Pronto toman contacto con la realidad, mucho más dura de lo que pudieran imaginarse: profundas desigualdades sociales, la pobreza y miseria en que viven los campesinos, la falta de escuelas, la precariedad sanitaria, la alta mortandad infantil, la corrupción de las instituciones del Estado, comenzando por el Gobierno dictatorial de la saga de los Somoza, el machismo, la sumisión total de las mujeres y una iglesia oficial o institucional que en su mayoría mira para otro lado y que con el tiempo les parecerá a los jóvenes sacerdotes que es cómplice de esa terrible situación aunque solo sea por omisión.

El libro cuenta sus ideas, sus pensamientos, sus acciones para transformar la cruda realidad social en la que viven. Entienden que el mensaje evangélico no se circunscribe solo a la dimensión religiosa sino a la integridad de las personas.

Las dos palabras claves de su trabajo son la “pastoral liberadora” e integral de las personas y la “concientización” de los nicaragüenses para que consigan salir, por sí mismos, de esa situación.

Los ejes temáticos de las memorias de Pedro son dos: la realidad, la vida de los feligreses de su parroquias, personificada en algunos de ellos y en episodios de sus vidas y, por otro, las acciones que emprenden Gaspar y él para servir a los nicaragüenses y para ayudarles en todos los ámbitos de sus vidas.

Así, el libro detalla, narra pormenorizadamente, las acciones que ponen en marcha para avanzar en esa pastoral de formación y liberación integral de las personas: numerosos cursos de formación para jóvenes y mayores, formación de las mujeres como catequistas o “animadoras de la fe”, como dicen ellos, creación de una red de delegados

de la Palabra que son sus representantes en las comunidades rurales, construcción de cementerios y escuelas, creación de cooperativas de consumo, cursos sobre salud y sobre sindicalismo para el colectivo de los estibadores, etcétera. Consiguen construir, con la ayuda de dos organizaciones católicas alemanas –Misereor y Adveniat- los centros comunales de Tola y de San Juan del Sur en los que pueden desarrollar buena parte de sus actividades pastorales y dar alojamiento a los que participan en sus cursos.

En cuanto a la organización de las parroquias, la primera medida importante que adoptan es poner fin al cobro de aranceles religiosos ya que renuncian a percibir estipendios por la celebración de los sacramentos y servicios religiosos. Es más, renuncian a gestionar directamente los escasos recursos de sus parroquias y encomiendan a los feligreses su administración al crear las llamadas juntas económicas –integradas por seglares- que funcionan como consejos parroquiales. Implantan en sus parroquias una estructura muy participativa. No es extraño, por tanto, que las palabras y acciones de Gaspar y de Pedro incomoden a la parte más conservadora de la Iglesia, al Gobierno, a los caciques de su parroquias, etcétera.

A Pedro y Gaspar les duele el dolor del campesino y les duele también la Iglesia. La realidad es muy dura. Los campesinos están resignados a vivir en sus ranchitos de 30 metros cuadrados en los que hay solo dos estancias: la cocina- comedor y la habitación en la que se hacinan, en condiciones insalubres, animales domésticos y personas. Las mujeres están sometidas a los hombres. Los finqueros, sus amos, violan a sus mujeres y a sus hijas. Hay madres que venden a su hijas por comida. Los ricos sobornan a los funcionarios del registro de la propiedad para robarles a los campesinos sus tierras y sus casas, contaminan los ríos con sus empresas y acotan para sí mismos el acceso a los recursos naturales. Incluso llegan a quemar las casas y tierras de los campesinos, como ocurre en el episodio de Las Parcelas (epígrafe 24). La dictadura ignora los derechos humanos y la justicia social. Gaspar y Pedro promueven la construcción de escuelas con la mano de obra de los campesinos a cambio de que el Gobierno envíe maestros, pero estos nunca llegan; algunos funcionarios se quedan con el dinero que iba destinado a los inexistentes maestros. Hay médicos que cobran las medicinas que reciben gratis como muestras enviadas por Cáritas y otras organizaciones. Incluso algún médico engaña a una mujer al extirparle en tres ocasiones el apéndice para cobrarle un ternero por cada operación.

Todo ello, escribe Pedro, “va forjando en mí y más en Gaspar, impotencia, amargura, desesperación y rabia”.

Hay en el libro, entre muchos ejemplos –ya que Pedro salpica el relato de sus memorias con numerosos hechos y vivencias de personas- dos epígrafes muy significativos de la situación social en que viven y de su respuesta desde sus convicciones cristianas. En el epígrafe 77, titulado “Julia, virgen y mártir”, Pedro cuenta la cruel historia de una niña violada por su padrastro a los trece años y vendida por su madre a la dueña del prostíbulo de Tola por dos sacos de alimentos –uno de frijoles y

otro de arroz- y un galón de aceite. El otro episodio es el estremecedor viacrucis del 12 de abril de 1974 (epígrafe 60) en el que Gaspar y Pedro relacionan directamente estación por estación los pasajes del Evangelio del viacrucis con las situaciones de injusticia que se padecen en sus parroquias.

Lo mismo cabe decir del texto del epígrafe 61 dedicado a la resurrección de Cristo y de Nicaragua. En esas diez páginas están condensadas la teoría y la práctica de lo que Pedro y Gaspar entienden por teología de la liberación

El episodio de Julia ocurre en abril-mayo de 1977, seis meses antes de que Gaspar se incorpore al Frente Sandinista. Gaspar, a quien le costó mucho tomar esa decisión, quiso dejar constancia públicamente de las razones por las que lo hizo, en las dos cartas que dirige en la Navidad de 1977 a todos los nicaragüenses y a sus hermanos obispos y sacerdotes- de los motivos que le movieron a combatir en el FSLN contra la opresión del régimen dictatorial de Somoza.

Pedro deja muy claro en este libro que la razón de esa decisión es su profunda fe, sus principios y convicciones cristianas. Gaspar, Pedro -y tantos otros cristianos- consideran que el mensaje del Evangelio, de Jesús, les impele, sin ninguna duda, a ponerse del lado del pobre, del más débil, del más desamparado, a combatir la injusticia y a construir una sociedad más libre y solidaria. Su gran sensibilidad social y religiosa no les permite claudicar ante las injusticias.

Su compromiso con sus feligreses llega hasta donde su conciencia les lleva: Gaspar se alista en el Frente Sandinista y Pedro permanece en la parroquia hasta que tiene que exiliarse en Costa Rica por su colaboración con Gaspar y con el Frente. En ambos pesa el hecho de que muchos jóvenes de sus parroquias, muchos delegados de la Palabra, muchos cursillistas se van al Frente a luchar por la libertad de su pueblo.

En resumen, sus vidas y la muerte de Gaspar se entienden a partir de su concepción de la Iglesia y de su interpretación del evangelio. También ellos se encarnan, como el Verbo, como la Palabra que se hace carne, en la realidad social del pueblo. Se encarnan ellos, siguiendo el ejemplo de Jesús, y el mensaje evangélico de esperanza y salvación del que son portadores se encarna también en sus palabras y en sus acciones encaminadas a liberarles de tanta injusticia. Por eso son para quienes les conocieron dos cristianos y sacerdotes ejemplares.

Acabo con unas palabras de aprecio y gratitud a Pedro por esta joya de sus memorias y al Foro de Cristianos Gaspar García Laviana por publicarlas.

Muchas gracias.

Oviedo, 6 de febrero de 2020